

COMENZABA el canto:

«Dime cómo te llamas  
 «Para quererte. . . .  
 «Porque no puedo amarte  
 «Sin conocerte. . . .  
 «Arriba de la peña. . . .  
 «Abajo de la peña. . . .  
 «Como repican doblan  
 «Las abajeñas! . . . .»

Y la vihuela, toca que toca, se ceñía al verso con su atiplado y franco rasgueo, herida por la dura uña del cantador, que proseguía con voz gangosa:

«A las trigueñas quiero  
 «Dende que supe  
 «Que trigueña é la virgen

«De Guaalupel! . . .  
 «Arriba y má arriba,  
 «Arriba iré,  
 «Repiquen la campanas  
 «Repicaré!»

El retintín metálico de las cuerdas se quejaba bajo la presión simultánea de los dedos, y el cantador añadía:

«De la sierra morena  
 «Vienen bajando  
 «Unoj ojito negros  
 «De contrabando.  
 «Quitilín, quitilín,  
 «tilín, tin, tan  
 «Repiquen la campanas  
 «De Otatitlán!»

Cesó la bamba\* á la pregunta de Micaela: ¿Oye, Chencho, cuándo seguimos leyendo «La Mujer Adúltera?»

Chencho le dió dos rasgueos á la vihuela; rechinaron las clavijas; se resti-

raron las cuerdas y comenzaron los pres-  
ludios del «son»\* de «agua nieve.»

— «¿Oye? ¡Ejtás muy alegre! . . . ¡Te hablo y como si le hablara á la pader! . . . ¡Baramba! . . . Cuando coges esa diablada de jarana\* de naiden te acuerdas, crijtiano!»

Cheneho suspendió el comenzado «son» y dijo á Micaela:

«¡Eres muy mal agradecía, Micáila! Te toco y canto pa dijtraerte. . . Ora si no te cuadra. . . ¡san se acabó! Arrumbó la jarana en un rincón y ái que se le arrevienten\* las cuerda de la trompa y á ponerme mudo. . . ¿ejtamos? . . . Tú no quiere má que novela y novela. . . purita mentira y trácala que cuentan esos plumarios, embarrando má papel que el que puedentrar por esa puerta. . . ¡Cuidao con las novelas que haj leío! . . . ¡un titípuchal!\* . . . Y de tóas, de toitas, la que me ha agradáo mucho es la de «Loj tré Mojqueteros». . . ¡A esa sí que le amargan los buches!» . . . ¡Demoño

de hombres! . . . Ai naa de arrumaco. . . ni «amor mío» por aquí, ni «ingrata» por

el otro láo. . . se van derecho á lo que te truje, chata. . . Y hay machetazo como máis\* y puñete y cosas de bragáos. . . y aquel dianchi que se atipuja\* mucho y se da la gran vida! . . . ¡Y el otro que

laj mujeres se le cáin la naguas\* por su rial personita! . . . ¡Y aquel hombrote que se le para al má templáo! . . . ¡Uy, Micáila, esa sí que é novela, laj otras son purita paparuchas!

— ¡Ya lo creo! ¡Como que se te afigura que eres tú arguno de eso crijtianos! . . . ¡Como eres tan tragaldaba, tan enamoráo y tan pelionero!»

— ¡Alto ái, Micáila! . . . ¡yo no cómo má que lo que crijtianamente puee comer un hombre que no anda rajáo de hambre! . . . Y de enamoráo . . . no muevas el avijpero y acuérdate que no tengo má querencia que la tuya . . . y en tifulca jace tiempo que no me meto . . . dende

que le rompí la bamba\* al inflao\* del pe-  
 lecia. . . ¿ejtamos? . . . Yo creía, la muy bruta, que al ca-  
 sarme contigo me daríaj cuanto gujta  
 quisiera. . . pero me dí tamaño parcha-  
 zo! . . . Tú siempre ha de hacer tu san-  
 tísima voluntá. . . ¡Jarana y má jarana  
 na. . . fandango lo sábadoy copitas con  
 loj amigo lo domíngo! . . . ¡Pero Micáila, yo no tengo la vida  
 vendíala. . . ¿ejtamos? . . . El hombre, no  
 porque se arrejunta con una mujer co-  
 mo Dioj manda, ya va á estar frito y co-  
 cío too el santo día á la pretina de la  
 naguas de su cojtilla. . . ¿ejtamos? . . .  
 ¡El hombre es siempre hombre! . . . ¡Li-  
 bre como la pluma en el aigre y clarito  
 como el agua del río! . . . ¿A ti te gujtaría que á mí me señalara-  
 ran con el dedo toito el mundo diciendo  
 por onde pasara: «Ai va ese pajguato\*  
 que lo trae su mujer metío en cintura. . .  
 que lo regaña y le alza gañote, y él abaja  
 laj orejas, y le monta, y le quita tener

mistáes con sus cómpas viejos? . . . ¡Va-  
 ya, que yo no soy de esos, Micáilabizón!  
 — ¡Erej muy tonto, Chencho!  
 El que se casa, mal que te pese, ha de  
 ejtar muy metidito en su casa. . . ¡al láo  
 de su mujercita jugando con lo peloso  
 me. . . ¡si lo tiene! . . . acompañando á  
 su crijtiana. . . si no llegan á pelonear  
 como nojotros. . . ¡Lo emá, Chencho, é  
 sinvergüenzáa! . . . En lo primero mese  
 de casáos, no te largabas á la calle. . .  
 Denpué de que venías del trabajo, si yo  
 ejtaba planchando, tú te ponías á, en ese  
 mismo butaque, á cantar con la jarana,  
 ó á contarme lo que había sucedío en el  
 día. . . Loj domíngos íbanos á misa;  
 golvíanos á armorzar muy tranquilo  
 á medio día, á dormir en la hamaca; en  
 la tarde, nos poníanos á ler nóvelas. . .  
 ¡jesas que ora le jaces fó y que ante te  
 parecían de rechupete! . . . O si nó, te  
 plantabas muy fincháoy yo muy galana  
 y á pasearnos por esas calle tan conten-  
 tos. . . En la noche, si no llovía, á la

retreta . . . á oír la música de don Ene-  
mesio y á rirnos de algunas peláas que  
se quieren igualar con la catrinas por-  
que se alewantan el copete hasta el quin-  
to cielo, y dicen «ustéss» y andan de  
brínquito, y con el abanico pa acá y el  
pañó pa allá y con má cascárilla en la  
estampá que la pader de enfrente . . .  
Pero ¡ay! Chencho, á loj dó mese jutos  
jué lo güenón, ¿no me se ha de olvidar  
en mientras viva! . . . Ejtaba yo rocián-  
do ropa pá planchar . . . cuando llegó  
ese condenáo del «Sapo», que Dioj con-  
funda . . . ¿una palabrita, Chencho?  
y juiste, y denpué de un cacho de pláti-  
ca, dentrastes y me dijistes que al mo-  
mento golvías . . . que era asunto muy  
de priesa! . . . Y se pasó toa la tarde; die-  
ron las ocho; dieron las nueve y Corde-  
ro sonó el primer campanazo de laj dié  
¡y don Chencho sin venir! . . . ¡Era la  
primera vé que me lo jacías! . . . Asina  
me ejtuve jasta la amanezca . . . Oí can-  
tar los gallo . . . escuché el toque de mi-

sa de cuatro . . . ¡con un susto! . . . ¿No lo  
recuerdas? . . . ¡Ya lo creo! . . . si era  
sábado y te pasates toita la noche pa-  
rrandiando con ese cochino del «Sapo»  
que toavía se ha de dir á loj apretáos in-  
fiernos! . . .

Dende ese maldecío día, siempre tie-  
nes pretexto pa dirte con mi padrino  
«Pajarito», con Gañote ó con el indino  
del «Sapo» . . . ¡el diablo sepa! . . .

—Mira, Micáila, déjate de tonteras . . .  
y tengamo la fiesta en paz . . .

—Toito porque te puse el dedo en la  
llaga . . . ¡embustero! . . .

—¡Si sigues con tu música, me largo  
orita mesmo! . . .

Y Chencho tomaba el sombrero de la  
perilla de las columnas de la armazón del  
catre; se lo encasquetaba y se encami-  
naba al umbral de la puerta de la calle.

—¡Véte . . . pa lo que me importa!  
—decía Micaela con indiferencia.

Chencho quedaba cogido con esta ar-  
gucia de Micaela; entraba del umbral á

la recámara; ponía el sombrero en el lugar que habitualmente había convertido en percha; descolgaba de la perilla frontera donde estaba el sombrero, la destemplada «jarana;» se sentaba en el butaque, y á vuelta de tanteos y rasgueos para sacar consonancias, cantaba la «bamba:»

«Unque ejtoy amarillo,

«No como cera. . . .

«Tus amore me tienen

«De ejta manera. . . .

«Arriba y má arriba

«Arriba y abajo. . . .

«Repiquen las campanas

«Con el badajo! . . . .»

Y después de un intervalo, en el cual la jarana en seco seguía al son, Chencho chillaba:

«Como la caña gtiaca

«Son la mujere,

«Que se llenan de viento

«Cuando laj quieren. . . .»

«Quitilín, quitilín,

«Tilín, tñ, ton,

«Repiquen la campanas

«A la oración! . . . .»

Micaela, en tanto, andaba por la recámara hurgando en el baúl sus trapos de cristianar; alrededor de los dedos tensos de la mano izquierda enrollaba las cintas que usaba en la cabeza como vistosos adornos, y las clasificaba por colores y tamaños para guardarlas cuidadosamente en una caja de cartón; en seguida, doblaba los pañuelos y pañoletas; sacaba las medias y le echaba un vistazo á un par de zapatos, cubiertos de moho, que la humedad fué poniendo en todos ellos, sin respetar las punteras de charol y los lazos y hebillas de la chinela, que bien que lucían colgados de las orejas en un clavo; allí se estuvo en el baúl poniendo arriba lo que estaba abajo, y abajo lo que había estado arriba; con esta minuciosa colocación resultó que el ven-

trudo mueble dejó espacio para contener mayor cantidad de trapos que los que antes tuvo.

— «¿Micáila? ... ¿Mica? ... ¿qué no me oyes? ... ¿Ejtá de «moña»\* por lo que te dije? ... »

Micaela se dejaba querer; sabía que Chencho apagaría los fuegos y se rendiría á su voluntad. ...

A poco de otros floreos, contrapuntos y canturías, Chencho volvía con su palabra suplicante á llamar:

«¿Mica? ... ¿qué no me oyes? ... »

Micaela no respondía y se sostenía en sus trece.

Chencho, cansado de llamarla y fastidiado de esperar, abandonó la vihuela y se metió en la recámara. ...

Micaela estaba de espaldas, lavándose las manos en el aguamanil; Chencho, en puntillas, se acercó á ella; enredó sus brazos por la cintura cimbradora de la jarocho; metió el rostro picaresco por entre las crenchas que se le iban por la

nuca á la guapa trigüeña, y allí la besó; la mordió con impetuoso arrebato; Micaela al volver el rostro vió los ojos chispeantes de su marido, éste le buscó la boca en su ansia de caricia, y la fresca boca huía dengosa de los gruesos labios tapizados de duras greñas; y por el cosquilleo del bigote, el calor sofocante de los repetidos besos, Micaela reía, reía, como en sus tiempos de soltera, locamente, continuadamente, huyendo el bulto, perseguido por el amoroso marido que la estrujaba entre sus fornidos brazos, hasta que con un fuerte impulso se deshizo de tan ceñidas ligaduras y le dijo á Chencho, entre amenazante y burlesca:

«¡Vete con el «Sapo»! ... «Hoy é domingo! ... »

Y salió de la recámara dejando á Chencho con un palmo de narices, quien no sufrió la repulsa, sino que tomó la calle en esos mismos momentos.

En la tarde volvió á su casa á cambiar la ropa tan traída, encalada y sucia de

todos los días por la dominguera, con firme propósito de irse de parranda con el «Sapo»; arrepentido de su arranque de á medio día, se condenaba á sí mismo, diciéndose: «¡Soy un bruto!... ¡No hay que darle ínfula á las fregáas mujere!... Si yo me quedo quieto con la jarana y no ando con llamaditas y zoroelocos y palabritas de caramelo, otro gallo me cantará!... Micáila hubiera venido á bujicarme y se viraba el chirrión por el pailito!».

Sobre de su catre encontró dispuesta la ropa que había de mudarse; toda blanca, olorosa y brillante por las manos de Micaela; á un lado la banda roja que tanto le agradaba; el sombrero de fieltro, color de café, á otro extremo; los zapatos al pie del lecho, lustrados y negros.

Quando estaba listo para salir á la calle sopló un vientecillo húmedo que se calaba hasta los huesos; llevándose el polvo cernido de la acera y en remolinos y á puñados se metió por la puerta y la

ventana abiertas; á poco sonó en las tejas el repique de las gruesas gotas, después se desató el aguacero tupido y copioso; los aleros y aguilones arrojaban chorros de agua turbia que denunciaban el lavado de las tejas por el primer chubasco del año; al oír las gotas, salió Micaela de la casa de enfrente; atravesó la calle cubriéndose con el delantal la cabeza; y llegando al corredor gritó con júbilo infantil: «¡Llueve!...» «¡Llueve!...» Al ver á Chenchó tan majo, exclamó Micaela:

— «¿Onde vaj con esta agua, muchacho?»

— «A ca del demoño!... Como no ejtabas y paéce que te estorbo, me iba á ver á «Pajarito» que me ejtá ejperando dende temprano!».

— «¡Ya lo creo!... es una barbaridá dirse á mojar con ejta agua!».

Chenchó seguía serio y reservado. Ella no sabía qué recurso sacar ni en qué punto tocar para desarmar su eno-